

de los bienes que trae á la tierra: además de las promesas de la vida presente, nos alienta con las de la vida futura. Como la senda que conduce á la vida es angosta, su puerta es también baja, y hemos de bajarnos para entrar. Las frentes soberbias chocan al querer levantarse; en bajarse no se corre peligro alguno; por el contrario, es un medio seguro de elevarse, pues el reino de Dios está prometido á los humildes de corazón, y el último milagro de la humildad es dar un trono en el cielo á los que se hayan hecho pequeños como niños en la tierra. Yo os lo deseo. Así sea.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

HUMILDAD.—No podemos ser verdaderamente cristianos sin ser humildes.

Para ser verdaderamente humildes, no basta contentarse con palabras; se necesitan obras.

Siendo la humildad una satisfacción, deben hacerse algunos actos públicos.

HUMILDAD.—Al considerarnos como hombres, debemos recordar, que no hemos perdido nuestra grandeza sino porque perdimos la humildad.

Al considerarnos como cristianos, debemos recordar, que nuestra grandeza está fundada en la humildad.

Al considerarnos como nuevos ángeles, destinados para reemplazar á los ángeles prevaricadores, debemos estar persuadidos, de que no seremos elevados á esta jerarquía sino por medio de la humildad.

HUMILDAD.—La autoridad que tenemos sobre los demás no debe menguar en nada la humildad.

La humildad con que debemos tratar á toda clase de personas no ha de obstar para el ejercicio de nuestra autoridad.

HUMILDAD.—La humildad es la virtud cuyos progresos son más admirables.

Las almas más elevadas deben su elevación á la humildad.

Los cristianos más perfectos buscan su perseverancia en la humildad.

HUMILDAD.—Nuestra fé debe acrecentarse por el ejercicio de la humildad.

Nuestra devoción debe acrecentarse por el ejercicio de la humildad.

Nuestra caridad debe acrecentarse por el ejercicio de la humildad.

HUMILDAD.—La humildad no exige, que otorguemos á los orgullosos la deferencia que no se les debe, y que nos reclaman, acusándonos de falta de humildad.

La humildad no requiere, que hagamos inútil nuestro talento, so pretexto, de que los grandes talentos se ponen en contradicción con la humildad.

La humildad exige, que seamos humildes en todas circunstancias; pero, no impide, que enseñemos á los seglares su obligación de respetarnos.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE LA HUMILDAD.

Cor contritum et humiliatum Deus non despiciet. Psalm. l, 19.

No despreciarás, oh Dios mío, el corazón contrito y humillado.

Respexit in orationem humilium: et non sprexit preces eorum. Psalm. cx, 18.

Él atendió á la oración de los humildes, y no despreció sus plegarias.

Ubi fuerit superbia, ibi erit et contumelia; ubi autem est humilitas, ibi et sapientia. Prov. xi, 2.

Donde hay soberbia, allí habrá ignominia; mas donde hay humildad, habrá sabiduría.

Quantò magnus es, humiliante in omnibus, et coram Deo invenies gratiam. Eccle. iii, 20.

Cuanto fueres más grande, tanto más debes humillarte en todas las cosas, y hallarás gracia en el acatamiento de Dios.

Oratio humiliantis se, nubes penetrabit; et non discedet donec Altissimus aspiciat. Idem, xxxv, 21.

La oración del humilde, traspasará las nubes; y no se apartará del Altísimo, hasta tanto que incline hácia él los ojos.

Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cælorum. Matth. xviii, 3.

En verdad os digo, que si no os volveis y haceis semejantes á los niños en la sencillez é inocencia, no entrareis en el reino de los cielos.

Confiteor tibi, Pater, Domine cæli et terræ, quia abscondisti hæc à sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis. MATTH. XI, 25.

Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde. Idem, *ibid.*, 29.

Quicumque voluerit inter vos major fieri, sit vester minister; et qui voluerit inter vos primus esse, erit vester servus. Idem, *xx*, 26.

Si quis vult primus esse, erit omnium novissimus, et omnium minister. MARC. IX, 34.

Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles. LUC. I, 52.

Omnis qui se exaltat, humiliabitur, et qui se humiliat, exaltabitur. Idem, *xiv*, 11.

Noli altum sapere, sed time. ROM. XI, 20.

Omnes autem invicem humilitatem insinuate, quia Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam. I PETR. V, 5.

Yo te glorifico, Padre mio, Señor del cielo y de la tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas á los sábios y prudentes del siglo, y las has revelado á los pequeñuelos.

Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.

Quien aspirare á ser mayor entre vosotros, debe ser vuestro criado; y el que quiera ser entre vosotros el primero, ha de ser vuestro siervo.

Si alguno pretende ser el primero, hágase el último de todos, y el siervo de todos.

Derribó del solio á los poderosos, y ensalzó á los humildes.

Cualquiera que se ensalza, será humillado; y quien se humilla, será ensalzado.

No te engrías, ántes bien vive con temor.

Todos, en fin, inspiraos recíprocamente y ejercitad la humildad, porque Dios resiste á los soberbios, pero á los humildes les dá su gracia.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Siendo el primer efecto de la humildad el conocimiento de nuestra propia miseria, lo cual nos coloca en nuestra esfera natural, y, por lo mismo, establece el más perfecto equilibrio entre el Criador y la criatura; no es extraño que Moisés fuese tan amigo de Dios, por lo mismo que era tan humilde. Así lo manifestó, al intimarle Dios la orden de presentarse á Faraon, para libertar al pueblo y conducirle á la tierra prometida. *Quis sum ego*, dijo, *ut vadam ad Pharaonem?* (EXOD III): y en otro lugar: *Obsecro, Domine, non sum eloquens* (IDEM IV).

Léanse los Salmos de David, en los cuales se ven claramente los

sentimientos de humildad profunda que animaban á aquel santo y coronado profeta.

Entre los consejos que Tobías daba á su hijo, descuella el desprecio de la soberbia, y la práctica de la humildad de corazón (TOB. IV, 14).

El mismo espíritu de humildad que Moisés, manifestó el profeta Jeremías, cuando, al intimarle Dios la difícil misión de predicar y reprender á su pueblo pervertido, contestó: ¡Ah, ah, ah, Señor! mirad que yo no sé predicar ni hablar, porque soy como un niño (JEREM. I, 6).

Nada hay más eficaz para aplacar la ira de Dios que la humildad. El sagrado texto nos refiere, en el libro tercero de los Reyes, todas las impiedades, escándalos y profanaciones del rey Acab (III REG. XVI). Pues bien: este rey, tan impío, se humilló á la presencia de Dios, y esto bastó, para que el Señor suspendiera los horribles castigos que contra él tenia decretados (III REG. XXI).

Sobre todos los justos que nos enseñaron prácticamente la humildad, descuella Jesucristo, Hijo del eterno Padre, que vino á este mundo para predicar esta virtud de obra y de palabra, presentándose como el tipo más perfecto de los humildes. Aparece humilde, eligiendo una madre humilde (LUC. I, 48): en el pesebre, en la circuncisión y en la obediencia prestada á María y á José, durante su juventud (LUC. II): en el bautismo de Juan, en la vocación de unos pobres pescadores, y las caricias dispensadas á los niños (MARC. IX): en sus milagros: *Vide nemini dixeris* (MATTH. VIII): en su predicación: *Ego non quero gloriam meam* (JOANN. VIII): en huir de la dignidad real (JOANN. VI): en lavar los pies á sus apóstoles (IDEM XIII): y, finalmente, en su pasión: *Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem... crucis* (PHILIPP. II).

Después de este tipo perfectísimo de humildad, viene la B. V. María, cuya humildad atrajo desde el cielo á su virginal seno al mismo Hijo de Dios.

Véanse los sentimientos de humildad del apóstol S. Pedro (LUC. V, 3.—JOANN. XIII): de S. Pablo (I COR. XV, 10—XV, 9.—GALAT. VI, 5): del publicano (LUC. XVIII, 13).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Hic est primus religionis introitus, sicut in mundum primus Christi ingressus, ut qui- La puerta para entrar en la religión, como lo fué para entrar Jesucristo en este mundo, consis-

cumque pie vult vivere, humiliter de se sentiat. S. Cyprian. de Nativ. Dni.

Exercitatio humilitatis est in vilioribus rebus versari; sic enim gloria cupiditas coercetur. Idem, in Hexamet.

Ad summa non scandimus, nisi per ima gradiamur. S. Hieron. in Epist. ad Ephes.

Multo deformior est illa superbia, quæ sub quibusdam humilitatis signis latet. Nescio enim quomodo turpiora sunt vitia, quæ virtutum specie celantur. Idem, Epist. 14 ad Celant.

Nemo magis potest videre divina, quam qui humilitatis suæ conscius nescit extolli. S. Ambros. lib. de Viduit.

Humilitas sapientiæ mater est. S. Chrysost. hom. 48 in Matth.

In summo honore summa sit humilitas, honoris laus est humilitatis virtus. S. Aug. serm. 215.

Tota et vera christianæ sapientiæ disciplina, in vera et voluntaria humilitate consistit. Idem, serm. 8 de Epiphan.

Humilitas murus firmus et inexpugnabilis est à facie inimici. S. Ephrem, Paræm. 46.

Qui sine humilitate virtutes congregat, quasi in vento pulverem portat. S. Greg. Hom. 7 in Joann.

Humilitas vera est, qua quis de se parva æstimat, et bona

te en que se tenga en poco á sí propio, el que pretenda vivir cristianamente.

La práctica de la humildad consiste en ocuparse en oficios bajos; porque de este modo mengua el deseo de la gloria.

No podemos elevarnos sin andar ántes por los senderos de la humildad.

La soberbia que se encubre bajo ciertas apariencias de humildad, es mucho más abominable. No sé, en verdad, que pueda haber vicios más execrables, que los encubiertos con apariencias de virtud.

Nadie puede penetrar mejor los divinos arcanos, que el hombre convencido de su miseria, que no sabe enorgullecerse.

La humildad es madre de la verdadera sabiduría.

En medio de los grandes honores, sea grande también tu humildad; porque la mejor gloria de los honores es ser humilde en medio de ellos.

Toda la regla de la sabiduría cristiana consiste en la verdadera y voluntaria humildad.

La humildad es una muralla inexpugnable para resistir á los ataques del enemigo.

El que adquiere virtudes sin la humildad, es como el que lleva el polvo á merced del viento.

Es humildad verdadera, el tenerse en pobre concepto á sí mismo,

alterius sine invidia et livore commendat. Idem, sup. Ezech.

Qui sibi vilis est, Deo charus est. S. Bernard. Tract. de int. domo, c. 28.

Fode in te fundamentum humilitatis, et pervenies ad fastigium charitatis. Idem, in Epist.

y alabar, sin envidia ni odio, las buenas cualidades del prójimo.

El que á sus propios ojos es vil, á los de Dios es muy amado.

Fija en tu corazón el fundamento de la humildad, y así llegarás á la cumbre de la caridad.

HURTO.

Non furtum facies.
No hurtarás.

(Exod. xx, 15.)

Dios, como fuente de toda justicia, hubo de imponer este mandamiento al hombre, para mantener el orden de la sociedad, que él estableció; como Dios de paz, quiere que ésta reine en todas las cosas; y como Padre común, desea que vivamos tranquilos y dichosos. Cuanto poseemos, lo debemos á su mano liberal, y á su bondad le place, que gocemos en paz de los dones que se ha dignado concedernos. Plácele también á su bondad, garantir nuestros bienes, ponerlos bajo su patrocinio, y asegurarnos su posesion, prohibiendo el hurto y la injusticia. Los legisladores han imitado la sabiduría de Dios: han convenido en hacer respetar la justicia; y no hay nacion civilizada, donde las leyes no consideren á un ladrón como enemigo de la sociedad, y no le impongan rigurosas penas; en algunos países le castigan, hasta con la muerte.

Por otra parte, no son solamente las leyes divinas y humanas, si que también, el sentimiento natural de todos los hombres condena el hurto. El hurto es una infamia en todas partes: el que lo comete, es objeto del desprecio y execracion pública; al paso, que la probidad, por el contrario, es tenida en mucha honra. No hay nadie en el mundo, que desdeñe la fama de hombre honrado; y los que mé-